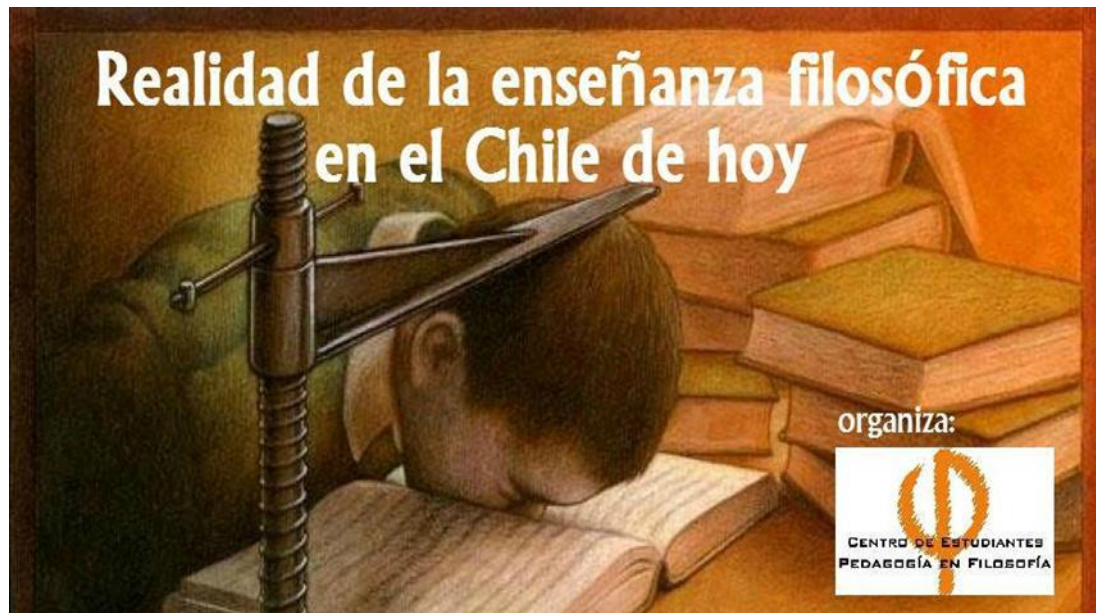


DIVAGACIONES EN TORNO A LA REALIDAD DE LA ENSEÑANZA FILOSÓFICA EN EL CHILE DE HOY¹

Marcela Gaete
Mg en Filosofía c/m Epistemología
Dra. en Educación
Académica Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile



En primer lugar agradecer la invitación a participar en este foro, a organizar este foro, a que las palabras “realidad” y “hoy” sean conceptos claves cuando pensamos en la enseñanza de la filosofía en Chile.

Para referirme a la enseñanza filosófica en el Chile de hoy voy a transitar en primer lugar, la *imagen (imagen-concepto)* que ilustra el afiche de este foro. Imagen, que nos invita provocativamente a pronunciarnos, no solo desde la

¹ Gaete, Marcela (2015). Divagaciones en torno a la realidad de la enseñanza filosófica en el Chile de hoy. Charla en Foro Centro de Estudiantes Pedagogía en Filosofía. Universidad de Valparaíso.

palabra sino, en términos de Deleuze², desde la imagen-afección que la ilustración de Pawel Kuczynski nos despierta, me despierta.

Según Deleuze el pensamiento, y también el pensamiento filosófico, se constituiría por imágenes y la imagen del pensamiento que constituiría el “presupuesto subjetivo de la filosofía” occidental sería la idea de lo verdadero como fundamento (El uno, el motor inmóvil, la luz, etc.). Imagen que ha prevalecido por 25 siglos, y a la que Echeverría³ denomina “El programa Metafísico”. Nótese que lo que solemos diferenciar como la pregunta epistemológica y la pregunta metafísica, se funden cuando la reflexión pone la mirada en la “imagen del pensamiento”.

Traigo acotación la perspectiva de Deleuze sobre la filosofía occidental, para que nos preguntemos cuál es su relación con la imagen en torno a la enseñanza de la filosofía que ha prevalecido en la escuela moderna, y en particular cuáles son las imágenes que se vienen a la mente cuando pensamos en la enseñanza y aprendizaje de la filosofía.

Invito a los presentes a visualizar esas imágenes-conceptos, y a preguntarnos qué ideas subyacen a ellas. También a observar la imagen, que acompaña el título del foro “la realidad de la enseñanza filosófica en el Chile de hoy” y preguntarnos qué nos evoca, qué nos dice, qué relación tiene con el proyecto occidental de la filosofía. Me refiero a proyecto, porque hay filosofías (Heráclito, Nietzsche y otros) cuyas imágenes no tienen relación con una verdad única, que todos deberíamos buscar y alcanzar, sino con el movimiento, el tránsito, la transformación, la diversidad, la construcción, la interpretación. No obstante, los planteamientos de filósofos y filosofas no han estado ajenos a las relaciones saber/poder. El por qué occidente opta por la imagen de la quietud y la verdad y no la del movimiento y la interpretación, se responde identificando a quiénes le convenía que el proyecto “dogmático de la verdad” dominara por sobre el del movimiento y la transformación.

² Para mayor profundización ver los textos de Deleuze, “*La imagen-movimiento. Estudios sobre el Cine 1*”. Y “*La imagen-tiempo. Estudios sobre el Cine 2*”, Buenos Aires, Paidós, 2003

³ Análisis desarrollado por Rafael Echeverría en el libro “*La Ontología del Lenguaje*”, Dolmen Ediciones, pp. 408, 1994, Santiago Chile.

Esas mismas sospechas debemos posarlas en relación a la enseñanza de la filosofía en Chile, a saber: qué imagen nos evoca, cuál es el presupuesto que subyace a esas imágenes, a quiénes ha convenido que esa imagen sea la que predomine, quiénes la han potenciado, a qué interés de saber/poder responden. Hagamos el ejercicio.

En la imagen del afiche sobre la realidad de la enseñanza filosófica en el Chile de hoy, hay una imagen-afección que transmite mucho más que las palabras que componen la interrogación. Apela a un pensamiento (*logos*), que también es *pathos* (pasión). Es un niño que está de pie, con el torso doblado hacia una mesa que está delante, su cara está aplastada contra un libro, no puede moverse, porque su cabeza está siendo sujeta por una prensa, que parece aplastarle contra el libro. Sus ojos están cerrados y un gesto de dolor parece delinearse en el contorno de su rostro. A un costado un pila de libros, como anunciando que su vida estará marcada por la tortura de esa prensa que lo aplasta ante la palabra dicha y clausurada en esos textos. Mi hija de siete años al ver la escena, la imita y me dice: “en el colegio me pongo así... pero después sigo... aunque no quiera”.

Por qué esta imagen es la que “inspira” un foro sobre la enseñanza de la filosofía, cuál es el pensamiento que subyace a esta imagen, por qué me siento identificada con esa imagen del pensamiento. Lo relevo porque en los encuentros por la defensa de la filosofía o aquéllos dedicados a destacar su valor, sobre todo entre quienes somos integrantes del círculo de enseñantes o futuros enseñantes, no son estas las imágenes que circulan y que se ponen a disposición para su reflexión. Esta imagen por tanto, provoca —a mi juicio— un giro dramático en la discusión que se ha venido dando en torno a la enseñanza de la filosofía en Chile.

Aquí me detengo en dos recorridos posibles. Uno, que me hace pensar en las relaciones de la enseñanza de la filosofía desde la interpretación de Deleuze acerca del supuesto occidental de la existencia de una verdad que habría que alcanzar, y todas las imágenes que ello evoca. Otra, a la que me invita mi hija de 7 años, y que me lleva a reflexionar sobre las supuestas diferencias entre la enseñanza de la filosofía con la enseñanza de otros saberes institucionalizados. Y

me parece que ambos caminos me llevan al mismo punto: a los sujetos que “padecemos” de dicha enseñanza.

Es así como planteo un giro a la pregunta que nos convoca y me pregunto cuál es la realidad del aprendizaje filosófico en el Chile de hoy, tanto en la academia como en la escuela, qué imagen-percepción, qué imagen-afección y qué imagen-acción (en términos de Deleuze⁴) no evoca nuestra experiencia. ¿Este aprendizaje ha tenido un carácter creador?, ¿Nos ha puesto en movimiento, transformado, procurado que se produzca el pensamiento?, o, ¿Más bien, nos ha inmovilizado, empujado a verdades preestablecidas, a repetir ideas invariantes, a dirigir el pensamiento hacia metas de mayor sublimidad? Pensemos como profesores y profesoras de filosofía o como futuros enseñantes cuál es la imagen del pensamiento en que hemos sido “socializados” en la filosofía, y si es esta la que queremos poner en circulación en los procesos de formación.

Recorrido uno. La cuestión anterior nos hace asumir aquello que nos compete, como amantes de la filosofía, en relación a la situación de su enseñanza en el Chile de hoy. Historiza la pregunta desde la propia experiencia y acción, ya no solo exculpados y prisioneros de otras fuerzas: Estado, políticas educativa, escuela, currículo, sino replegados sobre la propia imagen en que la filosofía occidental ha levantado su torre de marfil, o en palabras de Castoriadis⁵, nos hace poner el acento en nuestros propios imaginarios simbólicos, que más bien responden desde lo instituido más que pujar por un pensamiento instituyente.

Un paso más. El foro pregunta por el hoy de la enseñanza de la filosofía en Chile y yo me pregunto si éste es muy distinto al ayer y qué posibilidad existe que sea diferente al mañana. Si seguimos el razonamiento de Deleuze, occidente ha estado atrapado por una imagen del pensamiento que, paradójicamente, no moviliza el pensamiento, sino que lo dirige por el doble juego “modelo-copia”. (Ya sabemos cómo opera dicho juego).

⁴ Op. cit.

⁵ Ver. CASTORIADIS, C. La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2. El imaginario social y la institución. Barcelona, Tusquets, 1993.

Pensemos. En la enseñanza de la filosofía ha prevalecido la imagen del pensamiento que potencia la profundidad: detenidos en el mismo lugar cavamos en las profundidades, ahondamos, damos varias vueltas a lo mismo, o bien intentamos subir a la trascendencia de los cielos. Para Deleuze el pensamiento filosófico tendría que superar la quietud de estar en el mismo lugar profundamente, o la de intentar llegar a una “verdad” elevada. Ambos ponen por delante un lugar, el arriba o el abajo. Nos hacen escudriñar hacia un punto de llegada preestablecido. Solo la imagen del rizoma⁶: “especie de tallo subterráneo que crece en la superficie y se extiende horizontalmente fisurando la tierra y abriéndose paso permanentemente... donde cada punto se conecta con cualquier otro, porque está compuesto de direcciones móviles, sin principio ni fin, solamente un medio por donde crece y desborda” (Álvarez Asiáin, 2007⁷), puede constituirse como algo nuevo, donde la imagen de la filosofía y su enseñanza no obedezca a patrones de jerarquización, clasificación y profundidad (como la del árbol de Porfirio) sino que es reemplazada por un pensamiento de superficie, inmanente, complejo, no lineal, desbordado, donde no hay categorías de mayor nivel, necesariamente verdaderas. En una imagen rizomática del pensamiento filosófico, cualquier elemento puede incidir en la estructura, sin importar su posición. La verdad se altera, hasta su disolución. La enseñanza filosófica deja de empujarnos y aplastarnos contra verdades ya dichas.

Vuelvo. Había dicho que dos caminos me eran posibles de explorar, uno tomada de la mano de Deleuze, otro, tomada de la mano de las palabras de mi hija de 7 años. El primero, me lleva a pensar que la situación actual de la filosofía y su enseñanza no difieren de la que tuvimos ayer y no cambiará de la que vamos a tener mañana, si quienes nos dedicamos profesionalmente a enseñar filosofía continuamos actuando bajo la imagen de la verdad: queremos saber la verdad, alcanzar la verdad y enseñar una verdad. ¿Cuál? La dicha por nuestros filósofos

⁶ Para profundizar en el pensamiento rizomático consultar la introducción “Rizoma” del texto de Gilles Deleuze y Félix Guattari, “Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia”, ed. Pre-textos, 6° edición del año 2004.

⁷ ÁLVAREZ, Enrique. La imagen del pensamiento en Gilles Deleuze; Tensiones entre cine y filosofía. Revista Observaciones Filosóficas. [Online]. Disponible en: <http://www.ObservacionesFilosoficas.net/laimagendelpensamiento.html>

predilectos. Pensemos. ¿Podríamos enseñar filosofía sin enseñar lo que dijeron los filósofos: (europeos, varones, blancos, de elite)? ¿Cómo abordaríamos una clase si la consigna fuera “haz lo que quieras” o mejor dicho “lo que las imágenes del pensamiento te permiten hacer? ¿Qué podríamos y seríamos capaces de imaginar?

Segundo recorrido. Mi hija de 7 años me lleva a pensar, que desde los aprendices, no hay mucha diferencia entre una clase de filosofía y otra clase cualquiera. Me pregunto, en qué medida el concepto-imagen de la ilustración de Kuczynski es patente y real es muchas escuelas y universidades del país, cuántos de nosotros nos hemos sentido aplastados más que liberados en nuestras clases de filosofía. ¿Qué tan distinta es la clase de filosofía que merece la pena luchar por ella? O ¿Qué tan distinta podemos hacer que sea, antes de ahogar a nuestros aprendices en tanta verdad revelada? ¿Antes que mi hija de 7 años asista a una clase de filosofía gobernada por la verdad?

Hace algunos años investigué sobre la propuesta curricular para la enseñanza de la filosofía en Chile, luego de 2 años de investigación la conclusión fue devastadora, las categorías que mejor sintetizaba la imagen de su enseñanza eran el desarraigo y el olvido. Por esa misma época, me preguntaba por el sentido que los profesores de filosofía otorgaban a la enseñanza, otra conclusión devastadora: Síndrome de Estocolmo. Secuestrada la subjetividad por la imagen de la verdad, propia del pensamiento filosófico occidental, te enamoras de tu secuestrador, lo justificas y reproduces las mismas lógicas.

Contrapunto. Hacer explotar el círculo de la verdad, desde otra verdad, parece no tener sentido. ¿Que nos queda? Estallar la imagen del pensamiento occidental hegemónico con pura realidad. Entonces, doy un giro a la pregunta sobre la realidad de la enseñanza filosófica en el Chile de hoy, hacia la realidad que circula en las clases de filosofía del Chile de hoy. Por realidad, no me refiero a un realismo ingenuo. Toda realidad es una construcción humana, y en cuanto tal es intersubjetiva, no es mi realidad, sino nuestra realidad sociohistórica, que también es simbólica, cultural y política. ¿Cuánto de esa realidad entra en las aulas

universitarias y escolares en el Chile de hoy? ¿Es pertinente y posible filosofar de la realidad que nos configura?' ¿De qué filosofan, filósofos y filosofas, sino es de la realidad construida?.

La realidad de la enseñanza filosófica en el Chile de hoy es nuestra realidad. No debemos alejarnos demasiado para comprender la situación. Es mi historia, nuestra historia. La historia de hombres y mujeres latinoamericanos, a quienes se nos enseña que no debemos perder el norte —y no lo podemos perder porque nunca lo hemos tenido, nuestro suelo es el sur—; a creer como herejía cualquier sentencia que hable de filosofía latinoamericana, chilena, mapuche, mientras afirmamos con fuerza las bondades de la filosofía griega, alemana o francesa; a considerarnos solo como estudiosos de la filosofía, pues nunca verdaderos filósofos (menos filosofas); a repetir las correctas interpretaciones de los grandes autores, sin cuestionar por qué ellos y no otros; a creer que la filosofía —en tanto saber acumulado, construido por otros— es la que nos libera y no el pensar por nosotros mismos, con nuevas imágenes y nuevos imaginarios.

Hoy y ayer, el poder ha intentado extirpar la posibilidad que exista este espacio. Siempre está el peligro que algo pueda emerger allí. La filosofía en la escuela está siempre en peligro de su desaparición, así como en las universidades, donde sobreviven unas cuantas carreras con pocos alumnos. La cuestión para nosotros no solo es si se debe mantenerse la clase de filosofía en la escuela y no ser reemplazada por formación ciudadana, sino qué clase es la que queremos que permanezca. Si es aquella evocada por la ilustración del afiche, no es muy diferente a la propuesta de formación en una ciudadanía funcional. Pero hay otra ciudadanía, la ciudadanía cultural, aquella donde todos somos considerados ciudadanos en la medida que somos constructores de cultura y participamos en la construcción de proyectos de sociedad. Desde aquí entonces, es una falsa pugna enfrentar filosofía y formación en ciudadanía. Ambas enseñanzas pueden responder a la imagen dogmática de una verdad, y ambas pueden ser espacios para que se produzca el pensamiento. La sospecha es que en la escuela chilena

actual no se generan espacios para imaginar otros proyectos políticos, todo lo contrario se elimina cualquier posibilidad de que ello suceda.

Para mí, la clase de filosofía debería ser el espacio privilegiado, pero no el único, para que se produzca el pensamiento. ¿Seremos capaces los profesores de filosofía de gatillar el filosofar en el aula? ¿Qué es necesario para que ello suceda? ¿Podremos imaginar una formación como práctica de la libertad o seguiremos atados a la imagen del pensamiento como búsqueda de la verdad? ¿Comprenderemos que la realidad de la enseñanza de la filosofía es también, y por sobre todo, nuestra realidad, mi realidad, aquella que también construimos día a día en las aulas?

Gracias